

# Ciudades deshabitadas



Leopoldo Orozco

Hotel Paso del No  
World offering its  
comfortable Place to  
Revolution

# CIUDADES DESHABITADAS



Leopoldo Orozco

**CIUDADES DESHABITADAS**

*Relatos 2018-2024*



## REVELACIÓN

Recuerdo mi primer retiro espiritual: el padre de una compañera de la primaria tenía unas cabañas cerca de la laguna. Las rentaba para eventos y reuniones familiares multitudinarias. Mi congregación juntó dinero y rentaron tres: para las niñas, para los niños, para los pastores. El camino fue largo, en el camión de la iglesia: era azul, con nubes blancas pintadas a los costados, y en las puertas de atrás una pira de fuego y un cáliz de oro del que emergía una cruz. Antes de empezar el viaje, nos hicieron memorizar una cita bíblica:

*porque todo aquel que pide recibe  
y el que busca halla  
y al que llama se le abrirá.*

Recuerdo pasar al lado de la laguna, cómo el reflejo del sol sobre el agua nos dejaba ciegos y chocaba, echando chispas, con el techo metálico del transporte.

En la entrada del terreno había una cabaña de recepción, con cabezas de animales colgadas de las paredes. Todos los muchachos llevábamos maletas enormes y agujereadas, *sleeping bags*, Biblias, cepillos de dientes.

Hubo que hacer una caminata desde la entrada del terreno hacia nuestra cabaña. Parecíamos una procesión del silencio, de esas que hacen los católicos cada año: los muchachos en una fila, adentrándose en el bosque. Yo entre todos ellos, escuchando los resoplidos y los jadeos del cansancio.

Me dolía la espalda por el trayecto, pero iba llenando mis bolsillos de pequeñas rocas de colores. Parecían volcánicas, eso fue lo primero que pensé. Pero no había ningún volcán cerca.

Me fui rezagando poco a poco. Anochecía. Alcancé a oír, a lo lejos, el aullido de los coyotes.

La cabaña era cálida. Había un fuego recién prendido crepitando bajo las voces de los muchachos. Habría dinámicas mañana, todos tendríamos

que orar antes de acostarnos, en silencio. Orar no es lo mismo que rezar. Dios hace oídos sordos a los rezos, porque son repetición y no conversación. Los murmullos sólo se responden con murmullos.

Un grupo de muchachos salió de una puerta trasera de la que los pastores no se habían percatado, y yo los seguí. Todo había sido planeado sin que yo me enterara. Nos adentramos un poco al costado del bosque. Los chicos se subieron a los árboles sin hacer ruido. Yo subí con ellos. Parecía que no se daban cuenta de mi presencia, como si hubiera algo insólito que ver entre el follaje.

Sólo uno de los muchachos se quedó abajo. Prendió un cigarrillo que traía escondido y comenzó a fumar. Se quitó la sudadera, la camisa clara se le pegaba al cuerpo. Casi pude oír el crepitar de la estática en la tela. Recuerdo su respiración lenta, de alguien que espera, los músculos de su vientre que jalan el humo y el resplandor de la punta del cigarrillo.

La rama del árbol que soportaba mi peso —temía que en algún momento se rompiera— quedaba justo sobre él, y sentí que su humo me impregnaba el rostro.

De los arbustos contrarios se oyeron risotadas de mujeres. De la penumbra salió la hija de uno de los pastores, con el cabello pegado a la frente. El muchacho apagó su cigarrillo y le dijo algo que no recuerdo. Mientras se iban tocando, primero con timidez, poco a poco, pues se sabían observados, él iba deslizándose su espalda en la corteza del árbol y ella besaba su vientre ahora descubierto. Todos sabían lo que estaba a punto de ocurrir, menos yo. Se veían entre ellos, haciendo gestos, como si aullaran en silencio, celebrando la hazaña. Yo no sabía nada, pero no podía despegar la mirada de ese cuerpo tan joven y ágil que ofrecía sus muslos ahora desnudos a la boca de su acompañante.

No recuerdo cuánto duró el hechizo, el contoneo de aquellos dos cuerpos silenciosos, el aullido de los espectadores. En algún momento él se lanzó hacia enfrente mientras ella se alejaba limpiándose las comisuras de los labios hasta esconderse entre los matorrales, hacia las voces de sus amigas que huían entre risotadas. Él todavía tenía los pantalones en las pantorrillas cuando bajamos todos de los árboles. Sonreía, con el miembro goteando aún, como recostado en la corteza del árbol, y parecía

dormitar en un sopor largo y silencioso. Nunca volví a ver algo tan bello y apacible.

Tiempo después, a nuestro regreso, se hizo un modesto convivio en el que se presentaron nuestros familiares. Mis padres, con lágrimas en los ojos, me recibieron en sus brazos, mientras les agradecían a todos por haberme dado tan inexpresable tesoro.

Durante el camino a casa, mi madre me preguntó si había visto algo de otro mundo, si había tenido algo cercano a una revelación.

—Sí, —respondí yo, pensando en ese cuerpo exhausto y brillante, sin saber todavía a qué puerta me había atrevido a tocar y qué es lo que habría de hallar después de la búsqueda. Y estuve diciendo sí, en voz cada vez más baja, sin darme cuenta.



## PUERTAS ABIERTAS A LA NOCHE

*Ser la piedra la ceguera la sordera  
El frío del lugar desamparado  
Puertas abiertas a la noche*  
César Moro

Ya lleva muerto un día entero, pensé. Como si se hubiera sumergido en alguna sustancia espesa. Como si hubiera quedado suspendido en el misterio y dentro de miles de años, cuando el redentor regrese a la Tierra, fuera capaz de salir de su letargo.

Esa primera mentira me la dije al despertar en el velatorio. La familia extendida, los amigos, los que ya habían cumplido su ofrenda de pésames, ya estaban en sus casas. Nosotros nos quedamos dormidos en el suelo, en las bancas de madera, como si acabáramos de llegar a un albergue después de una inundación.

Nunca pensé que la primera vez que vería a un muerto pasaría la noche con él. Nana se quedó dormida después del llanto, y en la mañana se sintió confundida. No sabía dónde estaba. Pregun-

taba por mi abuelo. Había olvidado quién estaba dentro de la caja.

Mi madre no quiso verle el rostro a través del cristal, por temor a no hallarlo. Sentí lo mismo, como si esa boca semiabierta —que hace horas se movía boqueando para sacarle una última gota de aire al mundo—, como si esos párpados cerrados fueran una copia inexacta, inexperta, de lo que fue mi abuelo, como si alguien lo hubiera querido copiar de memoria en cera y llevara muchos años sin verle el rostro.

Hay sacerdotes que dan misa de difuntos copiada del misal, como si todos los muertos fueran el mismo muerto, y éste era uno de ellos. Hay quienes lloraron amargamente, como queriendo que todos los escucháramos, para después irse de prisa acabada la ceremonia. Mis tías iban y venían con comida, filtros para café, pañuelos, biblias. Nana no comía, sólo pedía irse a su casa, dejar de moverse un poco.

Todos buscaban su mirada entre las luces de las velas, le daban pésames que ella no entendía. Ella sólo agitaba el muñón amputado de su pierna y decía gracias, gracias, sin saber por qué.

—¿Y Enrique?

Las respuestas fueron distintas, dispersas. Hubo alguien que la vio con lágrimas en los ojos y la abrazó con brusquedad, lastimándola. Otros le decían que ahorita venía, que estaba ocupado, mientras buscaban la cajetilla de cigarros en el bolsillo. A lo mejor salió, debe estar cerca.

Papá murió en la madrugada, le decía alguna de mis tías, y volvía Nana a su llanto recordado, para después dormirse y preguntar de nuevo.

Empujamos su silla a la salida. Yo ayudé a subirla al auto. No pesaba nada.

Él pidió que cremaran su cuerpo, que sus cenizas se quedaran en la iglesia más cercana a casa. Lo dejó dicho años atrás, cuando el mal aún lo dejaba hablar sin sumirse, entre una oración y otra, en un letargo profundo, sin sueños. Ella dormía.

Camino al crematorio, se hizo tarde. Volví a cabecear en un sillón negro rodeado de flores blancas, artificiales.

Al cabo de un rato, nos lo entregaron en una caja de madera con su nombre. Seguía caliente del horno. Mi tío planeaba llevarla a casa y dejarla en su cuarto un tiempo, como para no dejar al aire ese calor que aún lo envolvía.

Se bajó primero de la camioneta. Todas las luces de la casa estaban encendidas. Todos los pájaros en sus jaulas estaban callados. Bajamos a Nana del coche y la pusimos en la sala, donde habíamos dejado, sin querer, una vela en pie. Nos preparamos para hacer una última oración. La quisimos tomar de la mano, pero nos miró con pánico:

—Quiénes son ustedes.

—Somos tus hijos, mamá.

—Éstos no son mis hijos. Llévenme a mi casa.

Alguien soltó un sollozo breve. Quisimos vencerla, pero no lo logramos. Sólo reconoció a mi tío, el mayor.

—Mijo, llévame a casa.

Esta es tu casa, sonó, pero no supe quién lo dijo. Mi tío las apartó.

—Quítense. Ven, mamá.

Él tomó con fuerza los manubrios de la silla y la llevó al comedor.

—¿Aquí es su casa?

—No, no.

Fue intentando con todos los cuartos. Ninguno.

Entonces la tomó en brazos y la subió a su camioneta. Se había quitado la camisa de vestir, salió

a la calle con la camisa de tirantes y su madre en brazos, tan ligera como si no fuera nada. Arrancó el motor con un sobresalto y la llevó a dar vueltas a la calle hasta que se quedó dormida. Así como hacía mi abuelo conmigo, cuando se quedaba cuidándome y no lo dejaba descansar. Apagamos todas las luces y abrimos ventanas y cortinas.

Alguien apagó con dos dedos una vela. Pude escuchar apenas el siseo del contacto de llama y saliva. Dejamos las puertas abiertas. Sentí cómo algo dislocado en el aire se disolvía.

Entonces llegaron. Ella miraba a su alrededor, con la curiosidad de una niña de brazos.

—¿Aquí es?

—Sí.

Mientras todos rezaban un rosario frente a la urna, yo me acerqué a las jaulas de los pájaros. Sin darse cuenta, dejaron morir de hambre a uno. Yacía patas arriba, cubierto de plumas rojas y de mierda. Cerré los ojos, llorando. No lo quise mirar.



# LA RECÁMARA INTACTA

*para Luz Morán y Benito Orozco*

Apenas me había levantado de la cama cuando mi padre me pidió que lo acompañara a limpiar el cuarto desocupado. Ya lo habíamos hecho un par de meses antes, con otra de las habitaciones: el edificio del que mis padres eran propietarios, antes de comprarlo, llevaba años sin habitar, ellos solamente hicieron las reparaciones necesarias en estructura y cañerías. Además, añadieron dos pisos. Todo esto para, al final, poderlo dividir en habitaciones y rentarlo barato a estudiantes.

El edificio tenía una reja apenas pintada de blanco. Digo apenas, porque la pintura estaba resquebrajándose: la reja ya se encontraba ahí cuando comenzó la reconstrucción. Es, prácticamente, lo único que quedó sin mover, con la misma forma de antes: tanto así que, si el propietario del edificio

regresara, sólo sería capaz de reconocer la dichosa reja de diseños herbales y picas, como de palacio francés abandonado.

Las remodelaciones habían durado muchísimo. Mis padres invirtieron un buen dinero y pidieron varios préstamos para poder terminarlas. Fue un proceso de varios años. Hubo temporadas en que el dinero escaseó y los trabajos se interrumpieron por varios meses. Pero apenas llegaba el aguinaldo —o bien, el banco permitía otro préstamo—, los albañiles regresaban con escaleras de madera, palas y carretillas para retomar el interminable ascenso.

En cuanto algunas recámaras estuvieron listas y las cañerías permitieron tener baños y cocina funcionales, comenzaron las rentas. Mis padres estaban felices. La propiedad que habían comprado a un precio tan barato —pues la calle en la que se encuentra, hasta la fecha, no ha sido pavimentada—, pero que había representado para ellos una especie de enfermedad crónica, ya comenzaba al fin a devolver un poco del dinero invertido, aunque fuera todavía una pequeña parte.

Sin embargo, mentí. Sí existen, dentro de la casa, un par de cosas que el dueño anterior reco-

nocería a su regreso, si resultara ser alguien que se fijase en ese tipo de nimiedades: algunos de los cuartos del piso más alto —más bien, del piso que solía ser el más alto en ese entonces— sólo habían sido abiertos un par de veces para asegurarse de que no necesitaran reparaciones. En total, dos de los cuartos habían quedado intactos: el primero, cuya ventana daba a la fachada del edificio y al jardín frontal, completamente árido hasta que los primeros inquilinos comenzaron a sembrar un par de hortalizas, tenía un baño personal y tendría que rentarse más caro, no sin antes limpiar de sarro y de hongos la regadera y el lavamanos; el segundo, que no tenía ventana a la calle sino a la pared de ladrillos del edificio vecino, ya había sido limpiado a conciencia por mi padre y por mí, meses atrás.

Por eso mismo, sabía lo que me esperaba cuando llegáramos a Playitas, que de playa sólo tiene la extrema blandura de los terrazales, más parecidos a la arena que a la grava. A mí me tocaría tallar las costras de sarro y mugre de la loseta del baño, pues mi padre tiene problemas de espalda y le haría mal estar encorvado tanto tiempo. Si nos aplicábamos, nos esperaban unas cinco horas de trabajo conti-

nuo. Tendríamos que dejar más que presentable un espacio que había estado varios años abandonado. Tampoco podríamos distribuir las horas de talacha en varios días como en la ocasión anterior, pues dos gemelos, un hombre y una mujer, vendrían desde San Luis Potosí a estudiar nanotecnología en el campus aledaño y habían sacado cita con mi padre para ver el cuarto al día siguiente.

Cuando nos bajamos del carro, la nube de polvo que levantaron las llantas del carro todavía se estaba disolviendo. La herrumbre que hinchaba las bisagras de la reja, como si fuera un parásito, no me permitía abrirla por completo. Cruzamos el pequeño jardín en zancadas largas, rítmicas, pues las piedras redondas y planas que formaban un camino hacia la puerta estaban demasiado separadas las unas de las otras, y las cajas llenas de detergentes y cepillos que llevábamos en brazos nos impedían ver por dónde íbamos.

Ese día hacía un calor insoportable. Tanto era así que, cuando puse los pies en la superficie arenosa de la calle, pude sentir un calor doloroso a través de las delgadas suelas de mis zapatos.

Tocamos la puerta de metal del edificio. Antes de que mi padre pudiera sacar las llaves, una chica de piel pálida, ojerosa, nos dejó pasar. Apenas eran las once del mediodía. Saludamos cordialmente y bajamos por un momento las cajas de cartón. La chica llevaba un *pants* amarillo y una camisa que le quedaba muy grande. Después de abrirnos y devolvernos el saludo, se sentó de nuevo en la pequeña mesa cercana a la cocina para seguir bebiendo a sorbos la leche fría de un tazón de cereal.

—Sólo venimos a limpiar el cuarto desocupado y nos vamos.

—Adelante. Creo que Servando sigue dormido. Hoy no tuvimos clase.

La chica parecía cansada, pero contenta. A esta hora y entre semana, el edificio casi siempre quedaba desierto. Todos los inquilinos estaban en sus respectivas aulas. Aunque estábamos en un espacio común, no pude evitar sentir que estaba violando su privacidad. La habíamos sorprendido en medio de un ritual privado, casi una celebración: almorzar algo sencillo después de haberse levantado tarde, gracias a la ausencia no anticipada de algún profesor, después de varias semanas de desvelos.

Recogimos las cajas y subimos las escaleras hasta el segundo piso, en el que se habían logrado acomodar dos recámaras para renta, una de las cuáles era la de Servando. En efecto, podían oírse sus ronquidos desde donde estábamos.

Cuando mi padre intentó abrir la puerta de la habitación intacta, se percató de que estaba cerrada con candado. Ninguno de los dos recordábamos haberla cerrado así la última vez. Cuando limpiamos el otro cuarto, la puerta estaba abierta. Además, habíamos olvidado las llaves en casa.

Nos miramos. Los ronquidos de Servando se iban haciendo más leves, tal vez, conforme la resolana comenzaba a darle en el rostro y a despertarlo poco a poco. Mi padre extendió su brazo y golpeó la puerta con los nudillos. Los golpes sonaron uno a uno dentro de la puerta hueca y retumbaron ligeramente en los cristales llenos de polvo.

Dejó la caja que llevaba en brazos en el piso y bajó las escaleras. Yo me quedé arriba, entreteniéndome con las manchas de humedad que todavía quedaban en el techo y en las paredes opacas.

Lo escuché murmurar una petición. La chica —no puedo recordar su nombre—respondió

mientras hacía crujir la silla del desayunador para levantarse y abría los goznes de las alacenas que chirriaban. A su regreso, mi padre sostenía un cuchillo de cocina.

—Ahorita la abrimos, verás.

Miré con fascinación cómo introducía el filo entre los remates de madera para hacer botar el seguro. Hacía palanca con el metal frío, sin poner demasiado peso en el empuje para no dañar ni la madera ni la pintura, aunque poco a poco fue dándose cuenta de que, por muy cuidadoso que fuera, no podría dejar el material intacto. Una gota de sudor corría el tramo de su sien a su mejilla. Había algo de fascinante en verlo forzar una cerradura, como si ya lo hubiera hecho antes, miles de veces.

Entonces el pomo de la puerta empezó a girar. Sentí cómo mis ojos se abrían de par en par y mis hombros se encogían del sobresalto. Mi padre frunció el ceño. Por un momento, pensamos que la puerta estaba abriéndose sola.

Pero no. Dentro de la recámara que nosotros pensábamos intacta estaba un muchacho bajo, de pelo negro y ojos avergonzados. Aunque intentaba esconderse de la cintura para abajo con la puerta,

nos percatamos de que sólo traía puesta la trusa y una playera azul.

—Hola. Perdón. Disculpen. Ahorita recojo. No sabía...

—Sí, claro, no pasa nada —respondió mi padre con un respeto inusitado, como si él fuera el intruso—, sólo venimos a limpiar y nos vamos.

El hombrecillo cerró la puerta. Detrás podía oírse el barullo de alguien sorprendido en el acto. ¿Qué hacía aquí? ¿Cómo entró? ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo en el cuarto sin rentar?

Salió respirando pesadamente, abrochándose un cinto de piel desgastado.

—Perdón. Ya iba yo a avisarles. Pero... no había tenido tiempo. Soy amigo de uno de sus inquilinos...

—¿Servando?

—Sí... Servando. Vengo de Tamaulipas y me dijo que podía quedarme acá porque nadie...

—Aaah, claro. Pues me hubieran dicho, no hay ningún problema...

El muchacho sonrió y me miró con ojos de ilusión mientras mi padre seguía hablándole.

—...pero mañana vienen unas gentes a ver el cuarto. Tenemos que limpiar.

—Yo puedo limpiar. Ese era mi plan, avisarles. Sí, avisarles y dejar limpio antes de irme...

—No hay necesidad.

El muchacho no podía dejar de temblar. Ambos somos altos y fornidos, seguramente le sacábamos una cabeza y algo más. Entre disculpas y cortesías incómodas, dijo que sacaría sus cosas y nos daría algo de dinero. Nosotros dijimos que lo esperaríamos en la sala.

Dejamos las cajas en el suelo del pasillo y bajamos las escaleras. Cuando nos sentamos en los sillones de la sala de estar, al lado de la cocina, se levantó una nube de polvo que me hizo estornudar varias veces. Minutos después, Servando bajó y nos vio con sorpresa. La chica se mantuvo callada, mirándonos, comiendo del que parecía su segundo tazón de cereal.

—Señor Benito, qué gusto verlo.

—¡Servando! No quisimos despertarte.

—No, no me despertaron. Fue el ruido del cuarto de enfrente. ¿Alguien ya vino a verlo?

No encontrábamos forma de interrogarlo. ¿Le daba vergüenza? ¿Cómo le pedíamos explicaciones?

—Ah, pues... hablamos con...

Mientras pensaba, mi padre apuntaba con su dedo índice al piso de arriba. No le habíamos preguntado su nombre.

—¿Con quién?

Un sonido seco se escuchó en el patio, como de algo que cae con fuerza y se rompe contra el piso de tierra. Nos apresuramos a ver hacia afuera por la ventana de la cocina. Una maleta enorme yacía en el piso, aplastando algunas de las plantas, rodeada por una nube de polvo. Sobre ella, cayó el cuerpo del muchacho. Se apresuró a ponerse de pie, cojeando y sin un zapato. Sólo pudimos verlo mientras lanzaba la maleta por sobre la reja blanca y la trepaba con la agilidad de un gato, como si su huida hubiera estado minuciosamente planeada. Menos por una cosa: pude ver su expresión de dolor cada vez que pisaba la arena caliente con el pie descalzo. Después encontraríamos el zapato faltante en la habitación.

Una sonrisa de incredulidad se dibujaba en el rostro de mi padre. Yo salí para verlo huir desde la calle, y sólo pude pensar en esa palabra tan extraña que se me escapaba, esa que utilizan los marinos cuando hay alguien a bordo y nadie lo sabe.

## PLEGARIA DEL SORDO

*para Luis Humberto Crosthwaite*

No sé cómo suena la voz de mi mujer. Cuando le leo los labios, lo que suena en mi cabeza no es la voz de una anciana, sino la de una chiquilla de veinte años que me mira con desconfianza y me hace entender, con la frialdad de su entonación, que aún no me conoce. Cuando me despierta en la mañana para que hagamos las oraciones matutinas, antes de que ella se vaya al trabajo, sus labios dibujan las palabras, y casi siempre las entiendo. Alguna vez intenté construir ese sonido, combinar la voz de esa muchacha que solía ser ella con la voz rasposa y cálida de su madre, muerta hace décadas. Pero no pude.

Otras cosas me suceden así. Cuando pasa el camión de la basura y veo al muchacho que cuelga a su costado, agitando vigorosamente una campana,

pienso en los cientos de cencerros que seguían a los hijos de los pastores. Esa campana suena en mi cabeza como cientos de campanas.

Cuando, en los cruceros de las avenidas, frente a una luz roja, veo a los concheros soplando sus flautas y haciendo sonar las castañas de sus brazaletes, cuando los veo girar sobre los dedos de sus pies, recuerdo esa vez que vi a los danzantes en la plaza que giraban y hacían volar las faldas de sus túnicas.

A veces, me engaño. Cuando veo a los niños que salen de la escuela en parvadas, imagino que hablan en mi lengua, porque nunca he escuchado la suya.

No sé cómo suenan las palabras con las que los mendigos que no pueden cruzar la frontera me piden que ponga en las palmas de sus manos un par de monedas sucias. No sé por qué nadie les ayuda.

A veces veo mi reloj e imagino que, a lo lejos, suena la llamada a la oración y que todos atenderán. Aunque la verdad es que yo he dejado de orar cuando estoy solo.

Esto que suena en mi cabeza no es silencio. Es un rechinar constante. Sin embargo, aprendí a imaginar que así es como suena la paz.

Pero esta noche es diferente.

Desde la sala, veo a mi mujer asomando la cabeza por entre las cortinas, y un resplandor amarillo le ilumina la cara.

Veo que sus gestos me dicen, ven, mira.

Me acerco con pasos inseguros a la ventana y ella se aparta poco a poco, como arrepintiéndose.

Frente a nuestro departamento, abajo, en la calle sin gente, un automóvil incendiándose.

Las llamas son muy altas y recuerdo el sonido de las hogueras, los gritos previos al estruendo.

Le pregunto con la mirada si sabe qué es lo que pasa.

Ella revisa su teléfono.

Nuestro hijo le está llamando, veo su rostro en la pantalla.

Contesta.

Su expresión cambia.

Veo que empieza a dibujar algunas palabras con la boca, pero se la cubre con la mano.

Después la quita y me mira fijamente.

Reconozco algunas palabras, atentado, ajuste de cuentas, explosiones, toque de queda.

Recuerdo el aire que golpea mi rostro y la onda expansiva, los vidrios del auto destrozado, el silbi-

do que no me abandona nunca. La sangre saliendo  
de mis oídos, el desvanecimiento.

¿Así es como sonará esta ciudad, esta noche?

# UNA HISTORIA DE FRONTERA

*para Irving Vázquez y Martín Villa*

Veníamos de lejos, de más al norte del estado, y la sensación de acercarnos poco a poco a la frontera con México me hacía sentir como un aventurero de los que aparecen en las novelas. Como no tenía idea de lo que iba a pasar esa misma noche, sentí una emoción irrefrenable cuando vi por primera vez, en el horizonte, las polvaredas que levantaban los caballos.

Mi madre no quiso venir con nosotros. Dijo que el espectáculo le parecía salvaje, espantoso. Pero mi padre, asiduo como yo a las emociones fuertes y a las historias de aventuras heroicas —a las que, por supuesto, no teníamos mucho acceso—, me mostró con complicidad el anuncio del periódico, y dijo que no estaría mal escaparnos unos días a El Paso.

Mi padre dio las instrucciones necesarias y dejó al capataz a cargo de las gentes y del ganado. De todos modos, solo nos alejaríamos un par de días como máximo. Tomamos una de las carretas más cómodas, cargada con lo necesario. En la madrugada ya íbamos de camino.

—El Paso sigue siendo pequeña, todos se conocen—, me contó mi padre cuando me desperté. Según él, no sería difícil dar con el sitio indicado.

El problema fue que, cuando llegamos por fin, nos dimos cuenta de que una buena parte de los establecimientos habían tenido la misma idea. En todos los edificios altos, o bien los que tenían alguna terraza, podía leerse una leyenda similar: *Venga a ver la Revolución mexicana.*

Por supuesto, el tema me parecía fascinante. Los rostros de los bandoleros, curtidos por el sol y la pólvora, subidos a los ferrocarriles en docenas, apenas colgados de sus goznes y fierros; los nuevos generales muertos, fotografiados en su lecho, con mirones sonrientes a su alrededor, revoloteando como moscas; todo eso nos llegaba a través de los periódicos. Sus historias me hacían pensar en las batallas campales de los apaches que aparecían

en las novelas por entregas: el salvajismo de las flechas y los cuchillos. Algunos conocidos lejanos, sedientos de gloria y de billetes, cruzaron incluso la frontera para alistarse en las tropas de la División del Norte. Muchas veces, para no volver nunca.

Mi padre, por supuesto, los detestaba. Sabía que uno de los generales más poderosos del ejército revolucionario había sido ladrón de vacas, y se lo tomó personal. Circulaban fotografías de este hombre gigantesco en plena cabalgata, brillantes las cananas cruzadas en el pecho, como una fuerza imparable, matando por pura inercia. Una bestia. Así lo veía él. Lo despreciaba. Decía que algún día iba a querer robarnos a las personas como nosotros, de este lado de la frontera. No podía entender cómo algunos americanos aceptaban hacer negocios con esa calaña, con esos monstruos malolientes. Sentía hacia ellos una especie de traición, como si hubieran traicionado lo que éramos.

Tal vez por eso mi madre no quería verlos. Tal vez por eso mi padre quería verlos de cerca, por el morbo de verlos morir, de caer como moscas entre las moscas. Si a eso podemos llamarlo de cerca: subir a la terraza de un hotel, sentir el sol quemán-

dole a uno la nuca y las mejillas, y ver de lejos las polvaredas que levantaban los caballos de los exploradores.

Otros también venían de lejos para observar la escena. Sabían que, por decreto, ninguna bala podía cruzar el río, y supe de algunos que se encaramaban en nuestra orilla del Bravo a mirar. Cuando lo supe, les tuve envidia: a lo mejor ellos podían oler la pólvora, el sudor, tal vez hasta el hierro de la sangre y el plomo de las balas. Y yo en este lugar, viendo cómo se levantaban las polvaredas, no tan distintas a las que levantaban los caballos que nos trajeron hasta aquí. Ahí, con los pies casi metidos en el agua, estaba la aventura, el riesgo apenas visible de la muerte. Y nosotros, que habíamos cambiado la emoción por la seguridad, lo observábamos todo como a través de un cristal.

Cuando empecé a cansarme de espiar por sobre el barandal de la terraza, empecé a ver a los demás: había mujeres cansadas que arrastraban hijos curiosos y cubiertos con lágrimas y el moco del tedio. Hombres de sombreros grandes y piel enrojecida, muy parecidos a mi padre. Todos esperando lo mismo: el momento en el que empeza-

ran los tiros, el griterío, tal vez resignándose a que nada sonaría. Y era muy posible que todos los ahí presentes se hubieran ido, como víctimas de una estafa, si de verdad no hubieran empezado.

Primero se escucharon unos gritos, que a lo lejos sonaban aún más incomprensibles. Tal vez órdenes, rezos, acompañados por columnas de polvo más anchas, más impresionantes. Alguien dijo, “ahora sí llegó el momento”. Creo que fue el dueño del hotel, que sudaba frío, y su anuncio se parecía al susurro del hombre del circo antes de que sus elefantes pusieran la primera pata sobre los balancines. Como los capataces de mi padre susurraban entre ellos cuando era día de matar un potro.

Algunos se levantaron de sus asientos. Mi padre me lanzó esa mirada que busca el agradecimiento y el sobresalto en los ojos de sus hijos. Pero en ese instante, yo solo miraba ese panorama confuso y lejano con los ojos apretados, como si con eso pudiera alargar mi vista.

Sonó el primer tiro, como el zumbar de la primera abeja antes de que llegue toda la colmena. Pero solo veía dos masas enormes que chocaban con

un estruendo sordo y no terminaban de hacerse una sola, allá, del otro lado. Y cuando el primer grito de dolor sonó apenas, hubo una exclamación de gozo en la terraza. Y otros más llegaron a nosotros, combinados con furia. Y tal vez cañonazos que estallaban en medio del polvo. Pequeñas figuras que de repente dejaban de moverse, que de tan pequeñas y tan lejanas no se podía distinguir si corrían, si se arrastraban o si bailaban alrededor de las manchas inmóviles, medio muertas.

Me volví de nuevo hacia mi padre. Se escuchaba el barullo. Su mirada me cautivó: había en ella algo de asco, pero también de orgullo. Vi que decía para sí: animales, son animales. Y los veíamos despedazarse sin entender nada.

Pensé que el trayecto me haría sentir valiente. Que ver la batalla me haría un poco más hombre. No pasó. Me pregunté si debí quedarme en casa. Muchas tardes miré morir a las reses de cerca, entre chillidos, a los cerdos degollados, y me enorgullecía de no apartar la mirada. Pero ahora los ojos se me cerraban sin quererlo, a ratos, y me cuidaba de que mi padre no me viera dudar.

Se había hecho tarde. Así como las columnas de polvo se levantaron, volvieron a regresar a la tierra. Los gritos callaron. No hubo celebraciones, nadie lanzó aullidos heroicos. No supimos quién ganó la batalla.

Mi padre decidió que nos quedaríamos solo una noche en El Paso. Nos dieron de cenar y subimos a una habitación demasiado iluminada. Él cayó dormido casi inmediatamente. Yo no me atreví a apagar la última luz. Cuando por fin me quedé dormido, soñé con un hombre oscuro y gigantesco que llegaba arrastrándose a la puerta del hotel. Dejaba un rastro negro detrás suyo, como una inmensa y sangrienta babosa. Y me pedía ayuda, no entendía sus palabras, pero me veía desde el pasillo, en la recepción. Y sus chillidos incomprensibles atravesaban las paredes. Entendí que debía llevarle agua, pero el miedo me tenía paralizado. Y se acercaba poco a poco. Y podía verlo en el sueño, lleno de agujeros, de plastas de lodo. Me pedía agua, y alcanzaba a verme con esa mirada que tienen las bestias cuando se desangran, cuando saben que se están desangrando y que todo es inútil.

Meses después, huí de la granja de mi padre. Pregunté sobre la ciudad más cercana, que quedara al norte, y caminé hacia allá, una noche entera, antes de que se abrieran las puertas del matadero. Había decidido que nunca iba a ver a un animal morir otra vez.

## POLVO BLANCO

*There was nowhere.*

Katherine Mansfield

Ana aprendió a fumar para, sólo de vez en cuando, poder tomar un descanso entre turnos, pero nunca terminó de hacerlo bien. El humo agrio nunca alcanzó a tocar sus pulmones, e incluso cuando apenas empezaba a entender el mecanismo del cigarrillo, el jalón inicial del aire con un vacío discreto de la lengua, siempre hizo por no meter a su pecho ese tufo claro que, aún fuera del torrente de su sangre, le daba una claridad de pensamiento leve, inusitada, como si apenas acabara de despertarse después de un sueño tranquilo. Mantenía la calada en la boca para que la brasa avanzara a través del tubo pálido, y la soltaba después de unos segundos al aire, lo más despacio que podía, para ver cómo se escapaba y se esparcía el humo denso frente a su rostro. En los días de frío, le gustaba ver que la

voluta tenía más cuerpo que en los días cálidos, y que cualquier vaho de su boca mantenía una curiosa similitud a la exhalación del cigarrillo encendido.

Sólo tomaba estos descansos cuando el encargado del front desk era Esteban —Ésteiban, decían los dueños del hotel, con ese curioso salto en la primera e y el tono cordial con el que se entablaría una conversación con un buen salvaje—, que era más permisivo y nunca delató a nadie. Decidía usarlos sólo de vez en cuando, en momentos en los que sabía que los pies no iban a aguantarla más tiempo, siempre que las demás housekeepers estaban ocupadas y sólo cuando ella ya tenía adelantados un par de cuartos en su zona. Pedía a alguna de las otras que se encargara mientras iba a fumarse un cigarrillo. Nunca se le negó el favor, porque ella era siempre la primera en cubrir los retrasos de las otras y lo pedía con tan poca regularidad a comparación de ellas que siempre les pareció una petición menor.

Entonces, cuando el momento era justo, salía cinco minutos con un único cigarrillo metido al fondo del delantal blanco y un encendedor azul celeste. Siempre faltaban por lo menos treinta mi-

nutos para el medio día, a la hora en la que el sol alcanzaba a tocar todas las ventanas de los cuartos el tiempo suficiente como para dejar calientes las colchas marrones de las camas. Se sentaba en un taburete blanco al lado del contenedor de basura a fingir que fumaba, mientras sentía el destensarse de los pies y los brazos. Sólo cinco minutos.

Ese día, mientras terminaba su tercer buche y respiraba por la nariz con un alivio más agudo del normal, bajó la mirada sin darse cuenta y encontró una pequeña bolsa de plástico entre sus dos zapatos desabrochados. La bolsita —bolsita, pensó, tan pequeña, insignificante— estaba cerrada con una franja violeta y azul, como las bolsas ziploc con las que cubría los sándwiches del niño en la madrugada. Era transparente y le recordó al sobre en el que le dieron las fotos tamaño infantil que se tomó alguna vez para entregar junto a unos documentos.

Pero esta bolsa no contenía fotografías. Contenía un polvo blanco y fino, como el bicarbonato de sodio que utilizaban en el hotel para quitar las manchas difíciles de las alfombras o en casa para

hacer pastel de zanahoria. Soltó el humo con suavidad y se quedó mirando el minúsculo paquete, erguida y tranquila, durante unos segundos.

Sus hermanas le habían contado de algo parecido, pero nunca había visto aquello con sus propios ojos. Se aseguró de que nadie la estuviera viendo y se arrodilló frente al polvo blanco, para verlo más de cerca, como los niños que se inclinan en las aceras para ver pasar las hormigas. ¿Debería tocarlo? ¿Dejarlo ahí? ¿Pedir ayuda? La policía no era una buena opción y lo sabía. Tenía la certeza, por conversaciones ajenas en el laundromat o en la fila del supermercado, de que los mojados no podían llamar a los puercos. Sus hermanas no podrían hacer nada, e incluso tal vez quedarían tan perplejas como ella ante esa blancura.

Las gentes decían que te ponía todo pendejo y violento. Que te dejaba ido, o una cosa así. Que valía mucha feria porque a los güeros les gustaba comprarla, que no les interesaba cuánto cuesta ni quién la vende. Una vez oyó que un primo se había encontrado un paquete grandísimo del mismo polvo blanco, tan grande como un ladrillo, pero envuelto en un plástico transparente y suave, en un

lote baldío que estaba desyerbando, y que lo vendió a unos motociclistas a cambio de varios miles de dólares, con los que le alcanzó para ponerle llantas nuevas a su carro y comprarle dos pares de zapatos a cada uno de sus hijos, entre otras muchas cosas. Había tenido suerte, porque nadie más se enteró y el dinero no se lo quitó nadie. Tampoco vinieron después a preguntar.

Una suerte, porque al esposo de la Fátima lo agarraron con un par de paquetes de esa madre abajo de los asientos de su camioneta, y en palabras de su tío, los puercos le metieron una putiza y un balazo en la pantorrilla izquierda, disque porque había querido darse a la fuga, pero como había nacido de este lado de la frontera lo metieron en la cárcel varios años en vez de deportarlo, y al parecer no lo han soltado ni lo soltarán pronto. Y eso que era, según esto, de la chafa, porque lo que llevaba bajo los asientos apenas le iba a alcanzar, después de venderla todita, para el alquiler.

Ana apagó el cigarro en la pared de ladrillo y lo tiró dentro del contenedor de basura. Había escuchado que unos cuantos gramos de cierto polvo

blanco —no sabía cual de todos— podía valer mucho. ¿Pero cuánto exactamente era mucho? Si se guardaba con discreción la bolsita en el delantal y de milagro encontraba alguien que supiera cuánto valía, a quién llevarla, ¿qué provecho podía sacarle?

Si un ladrillo —¿un kilo?— de algún polvo común podía pagar llantas y unos ocho pares de zapatos y quién sabe cuántas cosas más, ¿esta bolsa tan pequeña podría, por lo menos, pagar unos tenis infantiles? Los de Lalito —Eddie, cuando cruzaba el umbral de la casa y se le olvidaba el español— ya habían empezado a desprenderse de las suelas. ¿Por lo menos una caja de útiles? ¿Lápices de colores para los mapas del mundo, reglas, plumas, compases, borradores? ¿Un par de cuadernos? ¿Unos meses de school lunch? ¿Tal vez el polvo blanco podría pagar esa mochila que el niño había visto, con unos ojillos de borrego herido, colgada en las estanterías de la department store y que parecía resistente y novedosa, llena de intersticios ocultos y espacio para una laptop que no tenían?

Pero digamos, pensó Ana, que ese polvo era el mejor. El más exclusivo de los polvos, el más peligroso. Traído, tal vez, de México, de Colombia.

Un polvo que arriesgó muchas vidas. Que hizo correr mucha sangre. ¿Cuánto es mucho? ¿Podía una bolsa diminuta de cierto polvo valer tanto como un paquete entero de otra cosa? Tal vez, sólo tal vez, dos pares de zapatos. O un uniforme entero —aunque recordó que, de este lado, los niños no usan uniforme—. ¿Varios pares? Decirle a Lalito, escoge tres, de colores diferentes, que te duren.

Luego pensó, ¿alcanzará para sacar las joyas de mamá del pawn shop? El material de los sueños se hizo más blando, más consistente. ¿Un depósito, renta? Salir por lo menos un par de meses de casa de los tíos que los tenían en el cuarto de lavar desde el año pasado. Temporarily, por supuesto, mientras encontraban otro sitio. Tal vez sería el empuje necesario, último, para dar paso a otra cosa. Un vestido nuevo con el que ir a entrevistas de trabajo, pagarse un curso.

Una bicicleta para no tener que tomar el bus. Dos bicicletas, una grande y una pequeña. El primer enganche de un carrito usado. Una cena fabulosa, que todos queden llenos y tengan para llevarse a sus casas. Una fiesta de cumpleaños. Un...

—¡Ana!

Se levantó de un solo movimiento. Percibió en el aire la humedad de una lluvia que se arrastraba pesadamente hacia ella en la misma dirección que la última voluta de humo del cigarrillo a punto de apagarse, con la brasa ya casi pegada a la piel. Una compañera le hacía gestos de premura desde un balcón del segundo piso. Ya eran las doce y hacía falta terminar un cuarto.

Mientras se amarraba los zapatos de nuevo, lanzó un breve vistazo al polvo blanco. Parecía inocente, casi angelical, como algo que alivia y reconforta. Sintió un ligero hormigueo en la punta de los dedos. Se puso de pie, se limpió la tierra de las rodillas y se dirigió hacia la recepción. Llovió toda la tarde.

Para cuando empezó el turno de la noche, ya no había nada.

# LA CIUDAD DESHABITADA

*para Eduardo Antonio Parra*

*Porque todo lo que hay en mí está a  
merced de esa ciudad que es mi origen.*

Thomas Bernhard

## I

Enterramos a mi padre hace poco más de un año. Una de las últimas cosas que nos pidió antes de morir fue que lleváramos su cuerpo a la ciudad donde nació y, al parecer, donde vivió los años más felices de su vida. Según nos dijo, quería descansar en lo que él llamó un lote pequeño en el cementerio municipal, donde yacían además los restos de sus padres y de uno de sus hermanos.

El lote, nos recalcó muchas veces, llevaba un número específico, y quedaba en la ladera de una loma desde la que, según él, podía verse el barrio donde creció. Mi padre tenía una memoria impresionante para las cifras, los rostros, las escenas. Tal vez porque siempre lograba hallar lo signifi-

cativo de cualquier situación: podía decantar lo real de todos los hechos. Por ejemplo, nos contó alguna vez del día que enterraron a su padre: se distrajo del féretro que bajaba suspendido entre cuatro mecates amarillos, para ver cómo pasaba una parvada de zanates. El intenso color negro lo hizo pensar en aquel hoyo profundo, y verlos tan de cerca lo obligó a reconocer que no vería a mi abuelo nunca más. Sólo entonces, en sus palabras, se abandonó al llanto.

De su boca aprendí muchos nombres de pájaros. De esas especies, no logré ver ninguna. Zanates, colirrojos, pardillos. En mi imaginación, todas aquellas aves tenían que ser rojas, de picos amarillos y antifaces marrones, y resaltarían entre las copas de los árboles como manzanas a punto de soltarse de sus ramas. Todas iguales, menos los negros zanates que sobrevuelan los velorios, que obligan a los niños a mirar la muerte.

Tal vez por eso mismo, porque ya no soy un niño, nada voló para mí sobre su tumba recién cavada. En esta otra ciudad en la que nos crió a los cinco, en cuya tierra descansa su cuerpo, sólo al-

canzan a verse, de vez en cuando, palomas henchidas de basura, hacinadas sobre las vigas altas o alrededor de migajas caídas.

Nuestra familia huyó de la ciudad primera hace tantos años que mi padre no parecía recordar la fecha exacta. O al menos eso nos decía todo el tiempo. Pero yo nunca le creí. Más bien me daba la impresión de que no quería contarnos algún detalle sobre la migración definitiva de nuestro apellido. Él lo recordaba todo. Yo sabía que decir no me acuerdo era su forma de callarse las cosas.

Muertos sus padres, sus hermanos y él abandonaron el hogar, quién sabe en qué condiciones. Todos murieron lejos, hasta donde supe. De la existencia de mis tíos sólo nos llegaban noticias cuando morían, a veces desde el otro lado de la frontera, a veces abandonados a su suerte, huyendo de quién sabe quién, desde algún pueblo vecino. Mi padre era el último que quedaba.

Estuvo hospitalizado durante tres meses, y agonizó los últimos tres días. Cuando apenas empezó el tratamiento y parecía estar funcionando, le pedí

que me contara la ciudad, que me la describiera tan bien como pudiera.

Empezamos un día bueno. Estaba de buen humor, y por la ventana de su cuarto de hospital se colaba un calor agradable. Puso la televisión en silencio y comenzó a hablar mientras su rostro encaraba la pantalla muda y dejaba caer, a tanteos, el control sobre la mesa de noche: hay una calle que la cruza toda, tiene un camellón lleno de hierba y la atraviesan palmeras altas...

Su voz monótona me quería hacer cabecear, pero seguí su relato lo mejor que pude. Escribí tan rápido como me permitieron las manos. Lo que hubo que dibujar, lo tracé con líneas inseguras. Paralelas, camellones, rotondas. Al cabo de un par de días, tuve algo parecido a un mapa. Un mapa con nombres de calles, jardines, un par de escuelas. Anotaciones personales: aquí me partieron la madre una vez, los hijos de los Abasolo; acá yo esperaba que saliera tu abuelo del trabajo, y comíamos antes de que empezara mi turno; acá comienza la loma, el cementerio municipal. Ya saben, hay un lote ahí que es de nosotros, sólo digan su nombre y habrá alguien que los lleve a su pertenencia.

Cuando acabamos el mapa lo llevé a casa, cuidadosamente doblado, entre las páginas de un cuaderno. Conseguí una cartulina y lo copié a regla y pluma, con las anotaciones detrás, pensando que tal vez algún día podría yo hacer el encargo. Aunque mi padre ya casi no veía, le mostré el mapa terminado y dijo que estaba bien, que así lo recordaba todo. Ahora me pregunto qué tanto habrá podido ver de mis trazos, si no lo decía tan sólo para hacerme sentir contento, con el triunfo de haber logrado rescatar alguna cosa.

Días después, cuando comenzamos a pensar que se estaba recuperando, se le llenaron los pulmones de agua. Por más que intentaron rescatarlo del ahogo, murió sin habla, sin poder despedirse de nosotros.

## II

Si lo hubiéramos cremado, tal vez habría podido llevarlo conmigo. En mi maleta todavía quedaba espacio suficiente para meter una urna pequeña con sus cenizas dentro. Pero el agujero en el que

lo metieron es demasiado profundo, y la caja en la que lo encerraron, demasiado pesada.

El pequeño ahorro que logré juntar me alcanzó para el camión de ida y vuelta: dieciséis horas, con sus paradas continuas para comer de menús nauseabundos en gasolineras casi abandonadas, para dormir en cuartos inundados de chinches, en pueblos de paso apenas tocados por el polvo. Estaba dormido cuando entramos en la ciudad y sólo me despertó el barullo de los pasajeros que se alzaban de sus asientos y se estiraban con disgusto.

Cuando bajé del transporte, la ciudad no estaba ahí. Al menos, no la ciudad de mi padre. Era la misma ciudad de la que habíamos partido hace dos días, la misma ciudad que es, al mismo tiempo, todas las ciudades grandes: igual de sucia y abarrotada, en constante expansión por todas direcciones. Hacia arriba, con rascacielos; hacia los lados, comiéndose los pueblos vecinos. Las mismas cadenas de comida rápida, la misma especie de palomas grises, los hoteles de paso y de lujo, los desastres viales.

Hablé con un guardia. Le pregunté por esa avenida con el camellón lleno de hierba. No supo de calles centrales, ahora todas daban a todos los sitios.

También habían cambiado de nombre. Las calles con nombres de santos dieron paso a las de próceres nacionales, de numerales, de ciudades europeas. Afuera, entre los edificios que cercaban la estación, no se veía ninguna loma, ni nada que se le pareciera: todas, al parecer, habían sido aplanadas para dar espacio a las plazas comerciales, a los distritos industriales. La cadencia en el habla de la gente, del barullo comunal, tenía en su centro algo de la voz mestiza de mi padre, diluido su acento por el viaje de años, por el olvido de sus congéneres.

Salí de la estación. Compré un mapa en un puesto de periódicos. Lo que ahora llamaban ciudad era por lo menos el triple de grande que en ese entonces. Ni siquiera en la disposición de las calles logré encontrar similitud entre el ahora y mi mapa dibujado de memoria. De entre todos, sólo quedaba un nombre reconocible: la calle que ahora es Abasolo, donde vivían los hermanos que alguna vez lo golpearon. Imaginé que aquella familia habría dado algún diputado famoso. La avenida principal, cruzada de palmeras, ahora era una calle más de entre las miles. Según la memoria de mi padre, ahí tendría que empezar la loma.

### III

Paro un taxi: *lléveme acá*. Nos vamos acercando poco a poco. Nada. Ninguna de las calles termina en muros altos ni en las rejas de metal que resguardan las tierras bendecidas. El aire se siente pesado, espeso. Me parece oír un silbido, un batir del aire que me hace comprender de una vez por todas: la ciudad quedó deshabitada con la muerte de mi padre, y yo no puedo ser en ella más que un simple extranjero. Seguimos avanzando. Siento que el camino se alarga hasta no acabarse nunca. Trago saliva. Escucho una voz en el asiento del conductor, una voz como un aleteo que parece venir de más lejos, más allá de la ciudad y de su gente: *dicen que aquí empezaba un cementerio, pero que lo movieron de lugar hace mucho; cuentan que hubo restos sin reclamar y que acá los dejaron, bajo el concreto de la plaza; dicen que espantan en la noche, que nadie sabe de dónde salen, pero suenan los chirridos de unos pájaros negros sobre las casas.*

# ECONOMÍA DEL TACTO

*para Jorge Carrión*

Le gusta cuando el vagón del tren está casi vacío. Sabe que esta ruta sólo se llena en plena tarde. Decide entrar a la estación en la madrugada, el tramo es largo y tal vez el silbido del tren sobre los rieles lo ayude a dormir.

La noche anterior se quedó en casa de su hermano, en la ciudad vecina, de la que ahora se va. Pareciera que su hermano y él sólo ven caras conocidas cuando se encuentran una vez al mes. Llega a su pequeño departamento y trae para él una caja con galletas de la panadería de siempre. Piden por teléfono comida china, siempre lo mismo. Hablan de los mismos temas: él, sobre su terapeuta, sobre lo que recuerda haber escrito en su diario y que puede contar sin avergonzarse, sobre las cosas que traduce y que le aburren. Su hermano suele hablar-

le sobre series interminables, sobre su pareja a larga distancia con la que juega videojuegos en línea, sobre programación. Cosas que no entiende.

Mientras espera el tren de vuelta se pregunta si la necesidad de aislamiento de ambos tiene un elemento común. Intenta volver a ese intervalo de pocos años en los que fueron niños juntos. Recordar no es su fuerte. Muchos de sus recuerdos de ese entonces son de segunda mano: historias de sobremesa, contadas como contrapunto a historias diferentes. Para él, la persona que fue cuando niño es más bien un ser construido por un coro de testigos parciales, como un personaje en una obra de teatro que alguna vez él interpretó y del que ha olvidado ya todos los diálogos.

Mira el reloj. Faltan quince minutos. Aunque aquí los trenes son más puntuales, prefiere siempre llegar antes de la hora.

¿También pensará su hermano en esto? Cada vez que visita su departamento hay una mesa que se cambió de lugar, un nuevo póster. Y aún así logra que el lugar sea una maraña de cables y dispositivos

en un orden sólo comprensible para su mente, una especie de nido poco iluminado en el que parece estar siempre feliz. Esa cualidad tienen algunos sitios: pueden estar desordenados o impecables, minimalistas o llenos de recovecos —como los que solía usar de escondite cuando era niño, como un bicho debajo de su piedra húmeda—, pero hay algo en la disposición de las cosas, en cómo fluye la vida en ellas, que nos hace pensar que sus habitantes son felices. Se pregunta si la habitación que renta no da más bien la impresión opuesta.

Su hermano hace mucho que no lee nada que no tenga que ver con su trabajo. Por eso le sorprendió ver un libro nuevo sobre la mesa del comedor: *Guía doméstica para el cuidado de las arañas*. La portada: un collage de mal gusto, pequeños terrarios llenos de troncos y hojas, ojos y patas negras. Alguien, tal vez su novio, le recomendó adoptar una araña. Son pequeñas, dijo, no dan mucho trabajo, y son divertidas de mirar. Sólo a veces puedes entrenarlas, cuando no son demasiado tímidas.

Compró el libro por pura curiosidad. Pudo haber visto videos en internet, tutoriales. Pero com-

prar el libro le pareció un paso más determinante: las búsquedas casuales por YouTube o los eternos scroll downs en las comunidades de Reddit sólo lo hacían procrastinar la decisión.

Míralo, le dijo, yo ya pedí una, me llega por correo en diez días. Organicé en un doc todas las entradas para la especie que pedí. Llévatelo, si quieres.

Comieron, platicaron sobre los mismos asuntos. Se hizo tarde. Las cosas ya estaban dispuestas para él sobre el sillón. Intentaría dormir hasta que sonara su alarma a las tres treinta a.m., se levantaría con lo puesto, tomaría sus cosas, pondría el candado de la puerta por dentro para que quedara cerrada al salir hacia la parada del tren. Lo haría en silencio, para no despertar a su hermano que seguiría durmiendo hasta el mediodía.

Antes de acostarse le puso el libro entre las manos, se acercó a la puerta de su habitación y le dijo adiós agitando el brazo, buenas noches, desde el otro lado del pasillo.

El tren llega y se acomoda entre las vías. La banca de metal hace un chirrido seco. Toca el botón que abre las puertas. El vagón está vacío. Elige la butaca más

alejada de la entrada. Da un vistazo al cartel junto a la ventana que pide civismo.

Pasados algunos minutos, abre su mochila y busca el libro. Los colores brillantes de la portada siguen molestándolo, pero el camino va a ser largo y prefiere distraerse con él en lugar de mirar el túnel del otro lado de la ventana.

Lee que las especies más comunes de uso doméstico suelen ser saltícidos y tarántulas. Las primeras son pequeñas y ágiles. Suelen cazar en grupo y sus hábitos de reproducción las hacen cooperativas e inteligentes. Requieren terrarios luminosos y amplios en proporción a sus cuerpos, donde puedan trepar y lanzarse rama abajo. El tren hace su primera parada. Entre las segundas son raros los especímenes que toleren ser manipulados: son especies oportunistas, que esperan a que otro bicho camine frente a su madriguera para comer y esconderse. En la tercera parada, alguien sube y se sienta del otro lado del vagón. Él no aparta la mirada del libro. Las saltícidas, a veces, pueden reconocer a sus dueños. Suben a lo alto de sus terrarios cuando escuchan voces, y esperan a que alguien abra la tapa para saltar a los dedos de su persona y mi-

rarla con sus cuatro pares de ojos enormes, casi infantiles. Las tarántulas, en cambio, pueden vivir en terrarios pequeños, apenas más grandes que sus cuerpos, porque se sienten tranquilas en los huecos húmedos, en la falta de luz, y se recomienda sacarlas de sus hogares lo menos posible. Escucha unos ronquidos leves. No alcanza a ver a quien duerme desde su asiento. El motor hace un rumor suave. En el libro hay fotografías de saltícidas, apenas granitos de arroz con ojos, mirando hacia la cámara, caminando sobre hojas, cortezas de árbol, sobre piel de manos y de brazos, y se pregunta qué tan sensibles serán las puntas de sus patas, si es que logran sentir el tacto de la piel humana que es cálida y suave. Parpadea cada vez menos. ¿Y por qué no se esconden como las otras, por qué salen de sus madrigueras si son varias veces más pequeñas que las tarántulas, tanto que podrían caminar por tu piel sin que te dieras cuenta, estar dormido y que ellas escalen por tu antebrazo y paseen sobre ti, que sientan tu tacto sin que tú las sientas, sin que despiertes? ¿Y podrían caminar sobre ti por la noche aunque seas tan grande y no entiendas nada, aunque si intentarás acariciarlas como a un

perro cualquier caricia tuya podría dejarlas hechas un manchón oscuro de patitas y ojos? ¿Las arañas duermen? ¿Duermen así, tan plácidamente como él mientras el tren llega a la última estación, antes de despertar y levantarse sobresaltado, salir del vagón para tomar el tren de regreso, sin notar que el libro se le cayó de las manos?



## ¿TIENE FUEGO?

*para Paulina Flores*

Mediodía. Regresas de tirar la basura. Ves las pequeñas manchas oscuras de las gotas de lluvia en el cemento frío, pero no las sientes cuando extiendes la mano y miras hacia arriba. Metes la mano en el bolsillo: aún quedan un par de cigarros en la caja. Olvidaste el encendedor. Te llevas uno a los labios mientras buscas.

Con la espalda pegada a una pared, sentado en una andadera, hay un hombre viejo que fuma. Te le acercas.

—Disculpe, ¿tiene fuego?

Te mira con los ojos entrecerrados.

—¿Que sí tengo? Sí, sí tengo. ¿Tú tienes?

—No, yo no tengo. ¿Me da un poco?

—Claro—, te dice, mientras saca del bolsillo un encendedor rojo carmesí. Lo extiende hacia tu

mano. La rueda está dura y pegajosa—. No vayas a robártelo, ¿eh?

Empieza la duda. Decides reírte y llevar la conversación a otro sitio.

—Para nada, es un mal hábito. Nunca me he robado uno y no planeo empezar hoy.

El hombre no sabe si reírse contigo. Devuelves el encendedor.

—¿Y otras cosas, no has robado?

Te resulta un poco más difícil reírte, pero lo haces de todas formas.

—No, nunca. Soy honrado.

—Bueno, de los tuyos hay pocos.

Te sientes atravesado por unos segundos de silencio. El hombre termina de dar una calada especialmente extensa. La disfruta. Se extiende sobre su andadera y se relaja.

—Españoles también, pocos honrados. Sólo que en otros sitios hay más necesidad, hay más problemas. Si tienes hambre, te vuelves malo. Y si tus nietos tienen hambre, más...

—¿Usted es catalán?

—Sí, de aquí. De Poblenou. Aquí ya no hay de aquí, todos son de otros sitios. Muchos panchitos,

muchos andaluces. Vinieron cuando había mucha industria, pero se llevaron las fábricas a los polígonos y ellos se quedaron. Quedamos pocos de aquí.

—Yo llevo dos semanas aquí, en Poblenu. Antes vivía en el Raval.

—Mal sitio.

—¿Sí, por qué?

—Muchos problemas. Pobreza. Como en La Mina, con los gitanos. Mala gente.

Sabes que tienes la excusa del recién llegado, puedes preguntar cualquier cosa.

—Yo no sé qué cosa es un gitano.

El hombre se alisa el escaso cabello con la mano extendida.

—Cómo te lo explico... —El cigarrillo se le apaga.— Son una gente sin país.

La conversación sigue. Antes de terminarte el cigarrillo, le manchas el abrigo de ceniza por accidente. Él lo limpia, ríe.

—¿Ves que sí sois malos, ustedes?

Te disculpas.

Entras al ascensor de tu edificio. Notas que ya no dices elevador. Adentro hay un espejo. Te miras fijamente. Hace muy poco te cortaste el cabello,

pero sientes que necesitas hacerlo de nuevo, pronto. Te das algo de pena. Todo desaliñado, las ojeras. El abrigo sucio.

En todos lados se te nota el país que te falta.

## NOTA EDITORIAL

Versiones anteriores de estos textos fueron publicadas en las revistas *Punto en Línea* (México, UNAM), *Mercurio* (Sevilla) y *La palabra y el hombre* (Xalapa, Universidad Veracruzana), y en las antologías *Liminales II* (México, Casa Futura) y *Los hijos del fuego* (Editorial Estudiantil de la Universidad de Costa Rica). El cuento *La ciudad deshabitada* fue finalista en el XI Premio de Relatos para Jóvenes otorgado por la Universidad Camilo José Cela (Madrid), en la categoría de estudiantes de Hispanoamérica, y *Polvo blanco* obtuvo una mención honorífica en el Premio Nacional de Cuento Universitario Luis Arturo Ramos 2023, otorgado por la Universidad Veracruzana. El cuento más antiguo de esta colección, *Revelación*, fue escrito alrededor de 2018, pero se publicó hasta 2020. La primera edición de este libro, a descuido del autor y manufacturada desde su domicilio, se hizo en Barcelona durante el mes de abril de 2026, para su lanzamiento en la Feria del Libro Migrante, usando tipografías Minion Pro y Garamond. La portada estuvo a cargo de Mar Mascaró.

## Índice

Revelación	5
Puertas abiertas a la noche	11
La recámara intacta	17
Plegaria del sordo	27
Una historia de frontera	31
Polvo blanco	39
La ciudad deshabitada	47
Economía del tacto	55
¿Tiene fuego?	63

Leopoldo Orozco (Ensenada, Baja California, 1996). Magíster en Creación Literaria por la Universitat Pompeu Fabra. Obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Universitario Carlos Fuentes 2023, otorgado por la Universidad Veracruzana. Finalista del XXXVIII Premio Loewe a la creación joven 2025 con *Karama y otras plegarias* (inédito). Su libro más reciente es el poemario *Relicarios* (Medusa Editores, 2023, Chihuahua).





in the Roof Garden  
The only Hotel in the  
Guests a Safe, Com  
View a Mexican